

as manzanas
de rasmo

José ntonio
Ramírez Lozano

as manzanas
de rasmo

XXVIII Premio de Novela Felipe Trigo

algaida

Un jurado presidido por Isaac Rosa y compuesto por Antonio Sáez Delgado, Isabel Román Román, Francisco Almena García-Ortega, Nieves Gutiérrez Calderón, Fernando Villamía Ugarte, María de la Cruz Rodríguez Vegazo, Andrés Barba Muñiz, Ignacio Elguero de Olavide, María Isabel Tena García y Noelia Chaparro García otorgó a *Las manzanas de Erasmo* de José Antonio Ramírez Lozano el XXVIII Premio de Novela Felipe Trigo, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: enero, 2010

© José Antonio Ramírez Lozano, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-297-5
Depósito legal: M-45.568-09
Impresión: Huertas, I. G., S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. Asedio al coro	9
CAPÍTULO II. Guía de sombras	21
CAPÍTULO III. El huerto	33
CAPÍTULO IV. <i>Semen mali</i>	45
CAPÍTULO V. Jacobo Armijo	57
CAPÍTULO VI. Seminare	69
CAPÍTULO VII. Mesa y mantel	81
CAPÍTULO VIII. Recepción en San Leandro	93
CAPÍTULO IX. El brote	107
CAPÍTULO X. En casa de Monardes	119
CAPÍTULO XI. Secreto de confesión	131
CAPÍTULO XII. La visión de Simón <i>el Ciego</i>	141
CAPÍTULO XIII. La visión de Pedro de Mesa	153
CAPÍTULO XIV. La tertulia de Arguijo	163
CAPÍTULO XV. La inspiración	177
CAPÍTULO XVI. Evelina	187
CAPÍTULO XVII. Inquisiciones	201
CAPÍTULO XVIII. Encerrados	213
CAPÍTULO XIX. Última confesión	225
CAPÍTULO XX. Íntima cena	237
CAPÍTULO XXI. Castillo de Triana	249
CAPÍTULO XXII. La visita de la muerte	263
CODA	275

Capítulo I

ASEDIO AL CORO

NO SOPORTABA QUE CONFUNDIERAN AQUEL ARROBO suyo con la modorra del racionero Antón de Coria. Por más que Valerio de Sandoval se defendiera con argumentos probados, todo el cabildo los daba por peregrinos, tomándolos a excusa. En cuanto ocupaba su sitial en el coro, los ojos saurios del lectoral se posaban en él con el acecho del celo y el castigo de la evidencia. Pero Valerio de Sandoval, prefecto de liturgia y canónigo, el más reciente de esta santa catedral hispalense, no dormía. Era solo que el ventarrón del órgano lo arrebatava en su música sacándolo de sí, transportándolo más allá de las sombras, allá donde las sílabas alcanzan la lumbre sin tiempo de los verbos, ese infinitivo en el que vibra el presente y en el que nada y todo se confunden a la vez, diapasón de lo eterno.

*Laudis thema specialis,
panis vivus et vitalis
hodie proponitur.*

El alma del canto debiera ser la voz humana, así lo hacían constar los propios estatutos del cabildo. Pero qué sería de la voz humana sin el órgano. Cómo podía la voz alcanzar el coro celeste de los serafines sin el viento del órgano, ese huracán en que se diluyen las voces para dejarse arrebatar, para soltar el lastre de su oscura torpeza.

Aquella de la sexta era mala hora sin duda para el canto. El oficio coral quedaba a esa hora tocado por la modorra y la ausencia. Y más en estos días que preceden a la Octava del Corpus en que el calor en Sevilla abate la sangre. Mas al cabo todo lo redime el órgano haciendo una sola de las voces todas, comunión de sus sílabas, cadencia, tiritaña en que Dios se tiene con nosotros.

Aquel era verdaderamente un acto de entrega, el abandono a que aspiran las almas selectas, la coronación de un ejercicio de inteligencia que apenas si tenía que ver con la modorra de Antón de Coría, hijo de la torpeza más mundana, segundón de la gloria como era, deudo de unas horas a sueldo que apenas lograba remontar con sus ronquidos.

—Hermano Sandoval —le amonestaba luego el lectoral—, recuerde que la devoción exige vigilia.

—El mío es abandono de mí mismo, hermano Martín —le respondió con el aplomo de una serena convicción—. Esta es la verdadera escala de Jacob, la escala musical de estos acordes con que alcanzamos las celestiales bóvedas.

—Pues de ser como decís, deberíais poner cuidado en que esa música tan extremada no os lleve más arriba de Dios, tanto que sobrepaséis el coro de sus serafines.

Valerio de Sandoval no había tenido jamás otra ambición que la de la música y esa otra tan oculta de la bótanica. Eso de que bajo sus hábitos abrigaba una pasión desmedida por la curia era solo un infundio de sus enemigos más acérrimos que siempre vieron en él un atisbo profano no exento de lujos y rayano en la heterodoxia. Pero en Valerio no hubo jamás otra codicia que no fuera la de la serenidad y la sabiduría, fruto supremo del árbol de la templanza. Y nada como la música y la liturgia para lograr la cúpula de ese empíreo que le apuntara su maestro Fray Luis. Al contrario que el agustino, el campo le resultaba peligroso, lleno de asechanzas y de fieras. Tanto que admitía no sin reticencias la ejemplaridad de los santos eremitas con que, desde pequeño, lo instruyeron en la fe, y siempre que podía pintaba la naturaleza de los montes con la adversidad propia del pecado, predio sin duda del diablo. De ninguna de las maneras hubiera aceptado vivir en una de esas ermitas que salpican la sierra con la cal de sus espadañas. Y eso, por más que admirase la virtud de alguno de aquellos ermitaños; que en dos ocasiones les propusieron sus hermanos del Cabildo visitar la sierra de Alájar y en dos rechazó la empresa con cuento de mil achaques. Tanto Benito Arias Montano como Cristóbal de Acosta habían sabido buscar el amparo sabio de Dios entre las peñas. Él, en cambio, prefería el retiro urbano, por más que contraviniese la doctrina que en Salamanca recibió. Este repudio del campo le había valido, y con razón, la sospecha por parte del cabildo de que en su corazón se agazapaba una ambición política y que andaba más interesado en afanes mundanos que en experiencias ascéticas.

—¿Quiere que le dé un buen y provechoso consejo, amicísimo Valerio?

Sandoval no dijo ni que sí ni que no. Continuó recogiendo su devocionario del atril, de modo que el lectoral tomó por asentimiento su silencio.

—La liturgia torna espesa la púrpura de la sangre. Ya sabéis vos el peso de la solemnidad, su lentitud mórbida.

—¿Y bien? —urgió entonces Valerio mirándolo por primera vez a la cara.

—Que digo yo, si así me lo permitís, que no le vendría nada mal para su salud probar las bondades de los campos. No hay cosa más sana que esa. En la humildad de su retiro está la mejor medicina para el alma y aun para el cuerpo.

—Le agradezco tan sabia recomendación, hermano Martín. Pero mi salud, de la que siempre fui en extremo celoso, no acusa aún desfallecimiento alguno.

El lectoral Martín de Cea no se dio aún por satisfecho en aquel acoso y probó a tentarlo de nuevo.

—¿Es que odia la naturaleza acaso?

—Temo la soledad de su acecho, pero no sus frutos. Ya sabe mi afición por la botánica.

Entre las páginas de su devocionario, Sandoval guardaba florecillas secas que había tenido siempre por ejecutoria de esa noble afición con que se honraba. Sandoval era partidario, como el médico Nicolás Monardes, de que le trajesen el campo a casa. Monardes, que jamás había pisado el continente de Indias, conocía mejor sus plantas que los propios frailes y comendadores que de allá regresaban. De alguna manera, la ciencia de la botánica era

también un camino eremítico cuyo empeño hacía trascender la propia naturaleza traduciéndola en mil bondades que de no ser por el ejercicio de la observación y la abnegación del estudioso jamás lograra sus frutos.

—Permitidme que os diga —acosábale de nuevo nuestro lectoral— que no me parece recomendable ni decoroso tanta florecita en un devocionario.

—Y decidme: ¿a qué remoto argumento debo tan grave conclusión?

—A que más que libro devoto semeja álbum o relicario. Cualquiera que lo viera lo tomaría por una frivolidad, tratándose de un ejercicio devoto el de su lectura.

—De veras que no os entiendo, hermano Cea. Tan pronto alabáis las excelencias de los campos como me advertís de sus peligros para con la oración.

—Pues bien claro que está —le arrancó repentino el devocionario—. Ande, pruebe a leer y verá que esos pétalos secos ocultan la letra, y que continuamente deberá apartarlos para que no estorben la lectura.

—No pequéis vos de romo —objetó calmo al tiempo que le tomaba su devocionario—. Dios habla también con su oculta sintaxis, con esa oculta sintaxis que guardan las flores y que solo la lupa y el alambique saben descifrar.

Fue entonces cuando reparó en que se le había caído una de aquellas florecillas. La brusquedad del rectoral hizo que un pétalo de amapola se escapara de entre las hojas con la sacudida y viniera a dar en el enlosado lo mismo que una pavesa. Se agachó para recogerlo y cuando lo tuvo se levantó no sin dificultad y mostró luego al lectoral el pétalo con la devoción misma de una hostia. Aquel ama-

go sacramental motivó aún más la inquina del de Cea adivinando como adivinaba en él un gesto sacrílego.

—Sagrado solo es el pan. Téngalo bien en cuenta, Valerio —le aseveró confidente.

—La amapola es hermana de los trigos, vos bien que lo sabéis siendo de pueblo.

—¿Y eso en qué cambia su sustancia?

—En que pudiera haberse confundido con su harina cuando el molino.

—¿Y qué es lo que quiere argumentar con eso? ¿Que el Dios que se nos da en el sacramento es sustancia impura?

—De ninguna de las maneras —negó Valerio rotundo—. Al fin y al cabo el sacramento no está hecho solo de pan. Olvidáis, Martín de Cea, que lo compone también el vino y este es rojo como el pétalo que os muestro de amapola.

—Esa suya es una interpretación absurda y harto peligrosa que de inmediato debiera abandonar. Más le valía hacer otra lectura que convenga a la ortodoxia y que comidiese vuestra osadía. ¿O es que acaso el rojo de esa flor no semeja también el de la púrpura? ¿No será su secreta ambición, amigo Valerio, la que está cifrada en ella? Yo recuerdo que cuando muchacho solíamos cortar amapolas y que hacíamos obispillos con ellas.

—¿Obispillos dice?

—Sí, obispillos. Tirábamos de sus pétalos hacia abajo para que así semejaran el hábito de la púrpura, de manera que el botoncito del centro resultaba luego cabeza de prelado, tanto que hasta su tonsura calcaba.

—Eso que llama botoncito es en efecto una cápsula cubierta con un opérculo que, si bien os fijáis, presenta la apariencia misma de un cáliz.

—¿A dónde quiere llegar? —lo interrumpió el lectoral viendo que avanzaba hacia el abismo.

—Ya ve, el de la naturaleza es un código cifrado que no siempre acertamos a interpretar. La de botánica es toda una lección, amigo Martín, una verdadera exégesis a la que debiéramos estar atentos. Advierta además que dentro de ese cáliz está la semilla multiplicadora, esa misma semilla que alimenta el sueño.

—¡Narcótico! —pronunció el rectoral sintiéndolo cogido—. Ahora comprendo a qué se debe su enajenación en el rezo.

—Dios siempre enajena. Y ay de aquel a quien no enajene Dios, porque la suya será un alma ruin, apegada a la rutina de lo cotidiano. Dios no está hecho solo de pan sino de vino. Si el pan es la sustancia de la materia, el vino es el brebaje de los sueños y ambos deben ser amasados en uno.

Martín de Cea echó a caminar hacia la sacristía como quien recusa un argumento profano, como quien pone tierra por medio en un asunto teológico de dudoso proceder. La luz del mediodía sevillano que incendiaba el carámbano multicolor de las vidrieras resultó un alivio para la penumbra que arrastraba desde el coro, una hilacha de penumbra, una penumbra hecha de la borra del pensamiento, de su oscura proclividad. Con los perfiles duros de la piedra, el lectoral recobró también la certeza de su fe y eso le serenaba los rasgos de aquel rostro comi-

do por las sombras. Los suyos eran unos ojos de vulpeja, pequeños y huraños, siempre al acecho bajo la madriguera espesa de sus cejas. Sus manos, enormes y peludas, hacían de Martín de Cea un clérigo montaraz que continuamente se las pasaba por el bozo en un gesto tal vez de arrancarse las sombras y alcanzar la clarividencia de su intelecto. Una barba la suya de esas de un día para otro con cuyo asperón solía frotar también sus palabras, hechas de una prosodia contundente como le salían y que más que pulirlas, parecía exasperarlas, de tan duras aristas como traían.

Valerio, en cambio, le vino a la zaga con el pie menudo y breve del que hace avaricia de sus pasos por dejarse alejar así de su enemigo, quién sabe si arrepentido del argumento con que lo había castigado. La prudencia, tal vez, no le había asistido lo suficiente y lo que ufanamente tenía por castigo tal vez no fuera más que una delación que podía volverse en su contra, incómoda cada vez más como resultaba su persona. Así que entró en la sacristía con las lentes caladas y haciendo como que consultaba una nota escrita que en la faltriquera traía. Sin embargo y por más que él lo ignorase, aún peor que la enfermedad resultaba el remedio, porque, con ser los anteojos un artículo de lujo que solo el arzobispo y el deán tenían, los suyos provocaban la envidia y aumentaban el celo con que lo miraban. Además, claro está, de robustecer aquella oscura convicción de que la suya era una vida profana, hija cada vez más de la sospecha.

—De una de esas lentes debería el cabildo proveer-nos a todos —se le arrimó confidente Antón de Coria—.

Así cómo quieren que uno rece si esta vista mía no me alcanza al facistol.

Antón era canónigo de los que llaman veintineros. Un beneficiado con hechuras de sacristán y cintura de peonza en cuya simpleza podía confiar.

—¿Quiere probarlas? Tome, cáleselas —y se las quitó para ofrecérselas.

Antón se las caló con dificultad, tapia más que tabique como fuera el de su nariz, y lo miró con ojos de rano.

—No me mire a mí. Pruebe mejor a leer la letra impresa del devocionario.

Antón se asomó a las lentes con el asombro mismo de los incrédulos, pero asintiendo al punto a la evidencia de su milagro. Tanto que a partir de aquel instante tuvo el convencimiento de que, lo mismo que la letra, aquellas lentes aclaraban también el pensamiento y que nadie mejor que Valerio podía conocer los vericuetos teológicos que esconden los textos sagrados.

—Cosas de la Ciencia, hermano Antón —concluyó resuelto—. Cada vez más es la Ciencia quien nos acerca a la fe.

Se quitó primero la muceta con gesto de sofoco y luego la sobrepelliz que le habían bordado las monjas. Después, probó a mirarse en el gran espejo de la gran sacristía y no acertó a reconocerse en su azogue impuro, turbio ya como la asechanza del aquel tiempo difícil que le había tocado vivir.

—Hasta la tarde —lo despidió el de Coria—. Y procure no pisar más que la sombra, hermano Valerio.

Cuando salió por la puerta, solo dejó tras de sí el reliente agrio de la envidia y el garabato de una santiguadura.